

Bautismo del Señor

10/1/2016
Oratorio de san Felipe Neri
Alcalá de Henares

Queridos hermanos:

Con esta fiesta del Bautismo del Señor cerramos el Tiempo de Navidad. Este tiempo litúrgico tiene dos partes: la primera es el nacimiento mismo del Hijo de Dios como hombre verdadero: El verbo de Dios que se hace carne, que se hace hombre, para dar «a los que creen en él el poder de llegar a ser hijos de Dios». Este es el hecho diferenciador del cristianismo, el que lo diferencia de cualquier otra religión y le da su valor y su grandeza, el que le da también una responsabilidad sobre el Universo.

Los judíos, al ver como su Dios, el Dios de Abraham, el Dios verdadero obraba en la historia para liberarlos de la esclavitud y para enseñarles la verdad, ya habían dicho: «¿Qué Dios hay como nuestro Dios?» «¿Hay alguna nación que tenga sus dioses tan cerca, como está nuestro Dios de nosotros?» Y entendieron perfectamente que su Dios era el único Dios, porque los otros dioses nada hacían y nada podían: «tienen ojos y no ven, tienen nariz y no huelen... no hay aliento en sus bocas». Tenían razón, ese Dios, que había hablado a Abraham, era el único Dios. No había otro. Y ellos tenían la suerte de ser su pueblo, de ser amados por él.

Pero lo que no se podían imaginar aquellos judíos es que Dios fuese en sí mismo amor. No sólo que les amase a ellos a al mundo entero, sino que lo que definiere el ser de Dios fuese el amor. Eso es Dios: amor, comunión, Trinidad. Eso nadie lo podía saber. ¿Cómo lo sabemos nosotros? Porque Dios envió a su Hijo como hombre verdadero. El Hijo nos mostró que Dios es Trinidad, no un ser solitario, sino comunión de personas y así amor. Pero no vino a enseñarnos algo que quedase lejos de nuestras posibilidades, haciéndose hombre el Dios Trino se volcó, del todo y para siempre, sobre el hombre. Ninguna filosofía, ninguna religión puede alcanzar esta verdad absolutamente fascinante, si no acoge como verdadero el cristianismo: que el Verbo se hizo carne.

La otra parte fascinante de este misterio es el «para qué». Se hizo hombre para darnos a nosotros parte del ser y de la vida de Dios. Nosotros no esperamos un cielo lleno de regalos y placeres mundanos, ni esperamos perdernos en un Dios que sea una especie de nebulosa o una energía que se confunde con un universo impersonal, en una paz que sea realmente la pérdida de lo que somos cada uno de nosotros, en la que se pierda el “yo”, que somos cada uno. Yo espero seguir siendo yo, Enrique Santayana, y entrar así en la comunión del Dios Trino unido al Hijo de Dios, y reconocer allí a los míos, a los que me han querido en esta tierra y a los que quiero.

Ninguna otra religión o filosofía puede entender o aspirar a esto porque ninguna alcanza a comprender que Dios es amor en sí mismo, como Trinidad y que el Hijo de Dios se ha hecho de verdad hombre.

La segunda parte de la Navidad se centra en la fiesta de la Epifanía, que significa la manifestación brillante, la luz que se desprende de este misterio de la Natividad que se manifiesta, que muestra su valor y su belleza. Con un matiz, que este misterio no sólo para los judíos, ni para los que vendríamos después, los cristianos, sino para todos los hombres. Porque este que nace es la salvación de todos. La salvación de todos los hombres se cifra en Cristo y en nadie más. No se nos ha dado otro vínculo con Dios que su Hijo hecho hombre. De ahí que cuando Cristo resucite, mande a los suyos: «id al mundo entero», id y enseñad, id y bautizad.

La epifanía se celebró siempre en la liturgia tomando tres relatos evangélicos: el de los magos que vienen de lejanas tierras. Esto da a entender, entre otras cosas, lo que ya os decía: que hecho hombre el Hijo es la luz para todos los pueblos y todos son llamados a reconocerle, a adorarle y a entrar en comunión con él.

El segundo relato es el del bautismo del Señor, en el que Dios mismo manifiesta públicamente ante los testigos que están allí congregados en el Jordán, que buscan la purificación de los pecados, que ese hombre concreto y no otro, Jesús, es el Salvador y su Hijo, en quien se complace.

El tercer relato es el de las Bodas de Caná, cuando Cristo transforma el agua en vino. No era ya ni una estrella, ni la voz del padre, sino su propia obra, la obra de Cristo, la que mostraba que él era aquel capaz de transformar la vida del hombre, de hacer que el hombre rompiera los propios límites de sus pecados y de su naturaleza.

Pero vayamos al Evangelio de hoy, muy brevemente. Fijémonos en la voz del Padre, que se hace oír desde el cielo: **«Tú eres mi hijo, el amado, en ti me complace».**

Dios dice que se complace en su Hijo, bien. Eso lo dice cualquier padre de su hijo, sobre todo cuando es aún un niño y, siendo niño, encierra en sí la posibilidad de todo lo bueno que el padre espera. Pero aquí hay más:

1. Dios dice **«Tú eres mi hijo, el amado, en ti me complace»** —y nos asomamos al diálogo amoroso que constituye el ser de Dios, al diálogo trinitario—, se lo dice a quien se ha hecho hombre. Se complace en su Hijo que ha tomado como propia para siempre una naturaleza muy inferior a la suya, que se ha abajado para hacerse hombre.
2. Se lo dice no al hombre recién nacido, sino al que ya es un hombre adulto, que ha hecho suyo el dinamismo propio de la naturaleza humana, del crecimiento personal y de la libertad.
3. Se lo dice al hombre adulto que, siendo inocente, toma su puesto entre los pecadores porque viene para cargar con su pecado, mostrando un amor que nadie podía imaginar. El amor que le empuja a asumir él mismo la culpa del hombre y a tomar sobre sí las consecuencias terribles del pecado. Este hombre se ha mezclado con el pueblo que imploraba el perdón. El Hijo inocente, asumiendo al hombre, implora el perdón del hombre. En el Jordán anuncia lo que hará en la cruz: llevar el pecado de todos. Y de ese Hijo Inocente que carga con el pecado del mundo, el Padre se complace. De este Hijo, que en la plenitud de sus facultades humanas, asume el plan de Dios y se entrega al cumplimiento de este plan que le va a llevar a la cruz, Dios se complace, con la unción amorosa de su Espíritu Santo que desciende sobre su humanidad.

En esta escena, donde se nos permite asomarnos al diálogo de amor trinitario, se manifiesta un amor desconocido para el hombre. Este amor no es una mirada benevolente con el que está por debajo y por el que sufre por sus propias culpas. Es un amor que decide compartir la vida y el destino de aquel que está muy por debajo de él y hacer suyas sus culpas. ¡Y superarlas! Y otorgar a este hombre, pobre y miserable, no cualquier cosa, sino el don de la intimidad divina: la compañía, la amistad, la familiaridad de Dios, ¡la participación de la vida en la Trinidad! ¡La vida del Hijo Eterno!

Muchos dicen que Dios es amor. Pero no todos entendemos lo mismo. Mirad vosotros. Decidme si en alguna filosofía o en alguna religión, fuera del cristianismo, el amor es comparable a este amor que hemos descrito. ¿Hay amor comparable a este amor?

Tenemos la gracia de haber recibido este Don inestimable, no seamos tan torpes de creer que se parece a cualquier otra cosa y quitarle su valor. Acojámoslo como nuestro verdadero y único tesoro y ofrezcámoslo con humildad a todos. Esforcémosnos también en vivir según la grandeza de este don, como hijos verdaderos de Dios.

Alabado sea Jesucristo.

P. Enrique Santayana C.O.